EL LIBRO DE LA CRISÁLIDA

aitor saraiba

LIBROS CÚPULA

EL LIBRO
DE LA
CRISÁLIDA

aitor saraiba

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto e ilustraciones: Aitor Saraiba, 2021
© Fotografías interiores: archivo del autor

Diseño de cubierta y de interiores: Sara Marcos (www.saramarcos.com)

Primera edición: mayo de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2891-6
D. L: B. 11.740-2021

Impresión: Macrolibros
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

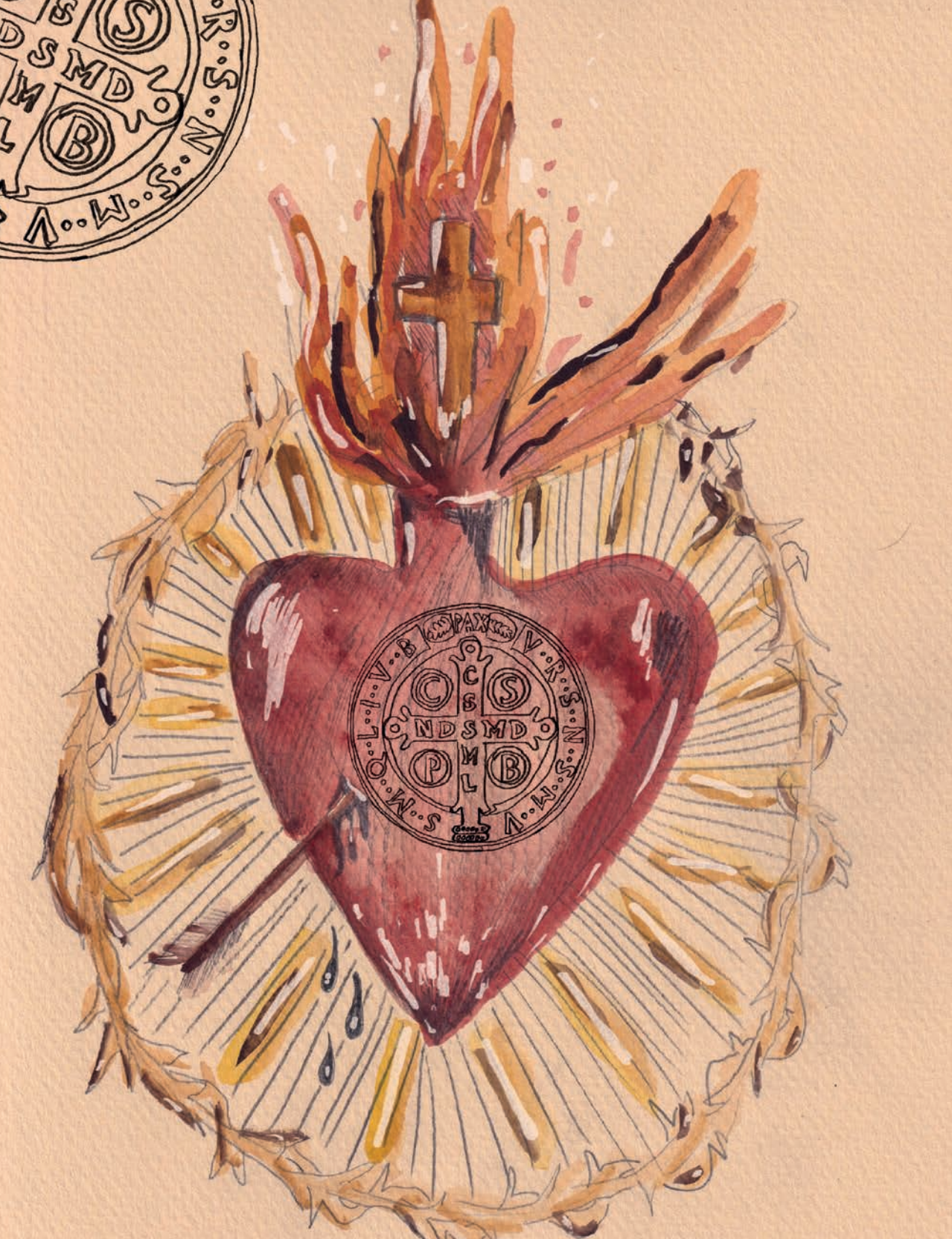
De todas las cosas adictivas y destructivas que habíamos compartido solo seguíamos haciendo una:

ir a misa los domingos.

Habíamos quedado para eso, relegados a no caer en la espiral, supervivientes de nosotros mismos, del apocalipsis que éramos el uno para el otro.

Llegué a misa antes que Rubén. Tenía algo que decirle y las prisas por contárselo me hicieron aparecer con tiempo de sobra, aun sabiendo que Rubén siempre llegaba tarde. Nunca era puntual... Pero, para nuestras citas en misa, me molestaban sus retrasos más de lo acostumbrado. Estaba rodeado de beatas y señores que me miraban con una mezcla de desconfianza y superioridad. Como si algo invisible me delatara, algo que gritaba que aquel no era mi sitio.

Comenzó la misa, y ahí estaba yo, vestido entero de negro, como la mayoría de las veces, metiendo las manos en mis bolsillos para intentar ocultar los tatuajes, como si haciéndolo pudiera desaparecer (a pesar de que uno de ellos es de la medalla de san Benito, que ocupa toda la parte superior de mi palma con las siglas S M Q L I V B V R S N S M V). Sentía que si ocultaba mis manos sería más fácil volverme invisible. En la izquierda, la cruz de san Benito y el símbolo de Júpiter. En la derecha, una mariposa nocturna, una polilla, ocupa toda mi mano y, alrededor de ella, como estrellas en el universo, dos runas: *nauthiz* y *algiz*, el símbolo del sol y del aire.


PAX
C S
NDSMD
P B
S·M·L·V·B
V·R·S·N·S·M·V

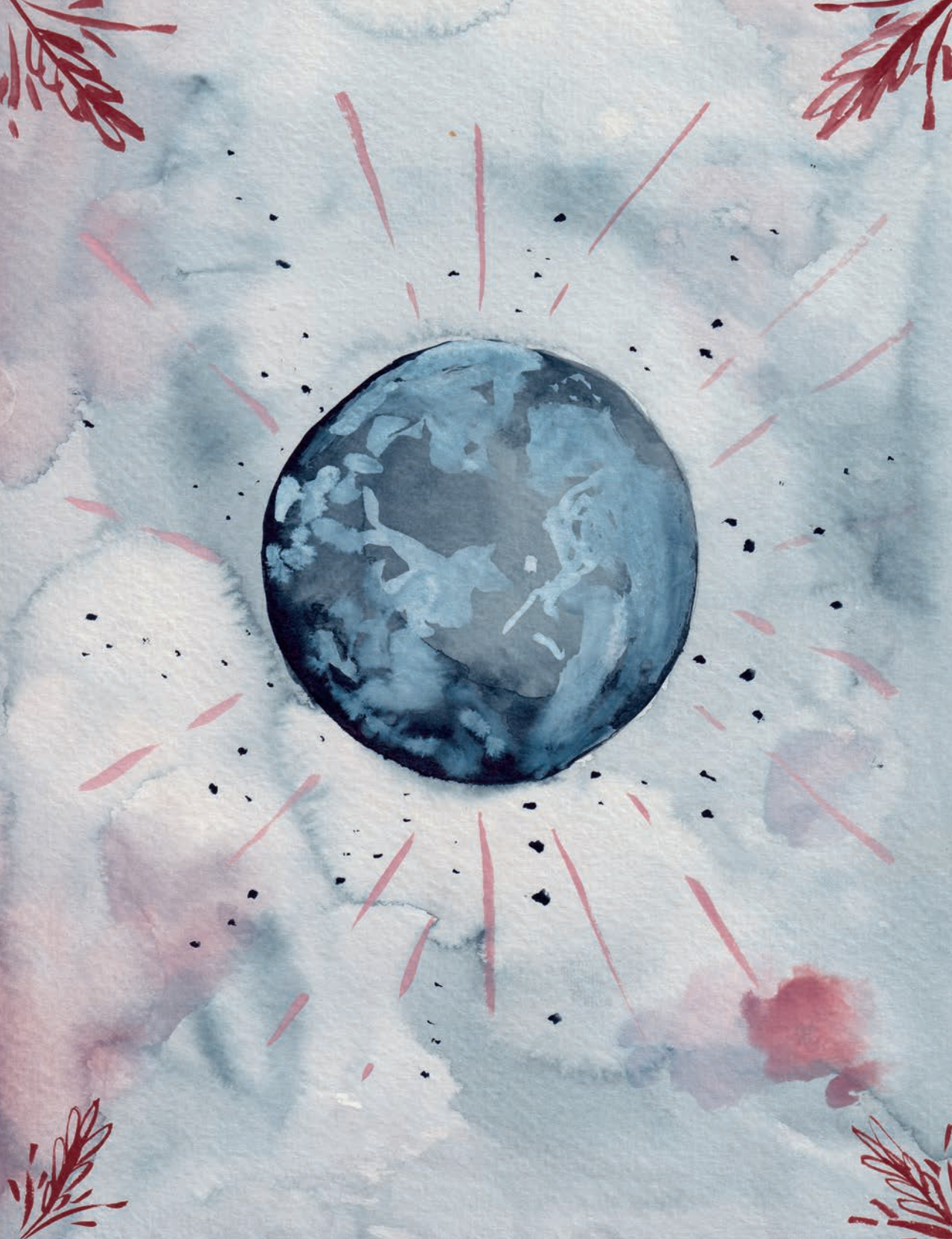
PAX
C S M L
C S P B
N D S M D
V R S N S M V S M O L I V B

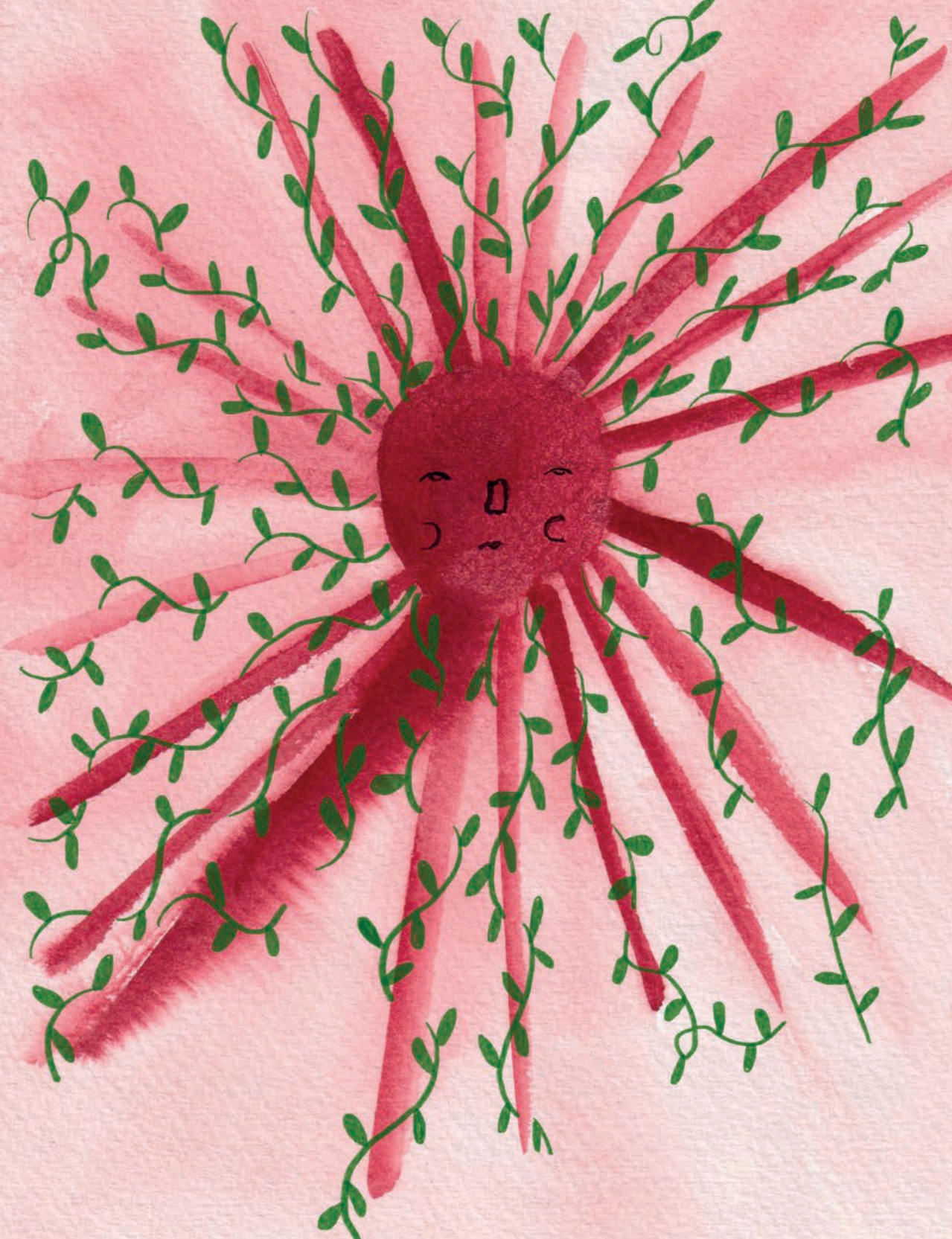
Me tatué la medalla de san Benito porque, hacía unos años, Rubén me había regalado *Ritual de Exorcismos*, editado por Libros Litúrgicos-Conferencia Episcopal Española. El libro contiene los ritos y oraciones que tienen que llevar a cabo los exorcistas cristianos para enfrentarse al diablo. Fue al estudiar los manuales para exorcistas cuando descubrí la medalla de san Benito como uno de los ingredientes básicos de la lucha contra las fuerzas del mal. Era obvio que, si quería seguir viendo a Rubén, no bastaría con llevar colgada al cuello la medalla, como ya hacía; tenía que tatuármela, protegerme, no de él, sino de mí. *Ritual de Exorcismos* es un libro que me obsesionó desde el momento en que llegó a mi vida; en él se describen tanto los rituales, los conjuros y las oraciones para los ritos del exorcismo mayor, como los necesarios para circunstancias particulares, más cotidianas, en un apartado final que contiene textos *ad libitum*.

Seguía solo en la iglesia. La misa ya llevaba un buen rato, cuando se abrió la puerta del templo, se escuchó un tropiezo y varias cabezas del fondo se dieron la vuelta a la vez, como en una coreografía celeste. Era Rubén, con su *bomber* militar llena de banderas y parches, vestido de negro y con una cadena de medio kilo de plata colgada al cuello. Al verme, pronunció mi nombre en voz alta: «AITOR». Entonces se creó un murmullo y unos «Shhhh» que ensordecieron la iglesia.

Por su olor y por sus ojos, era fácil deducir que llevaba varios días sin dormir. Pidió permiso a la gente hasta poder sentarse a mi lado, en el centro del banco. El cura nos miró de reojo a lo lejos. Rubén comenzó a disculparse por su tardanza; no en voz baja, lo hacía como si estuviéramos él y yo solos en la terraza de un bar. La gente de nuestro alrededor comenzó a incomodarse, y yo también. Ya daba igual que metiera las manos en mis bolsillos para intentar ocultar los tatuajes; nuestra presencia era evidente. Como pude, le convencí de que se callara. Pero no paraba de hablar, y desistí de intentar persuadirlo para irnos fuera. Ese día sacaban al niño Dios. Era el motivo por el que habíamos ido, y Rubén quería besarle los pies antes de marcharnos.

Nunca una misa se me había hecho tan larga, ni siquiera aquellas en mi barrio, cuando de niño me obligaron a ir durante meses, para que más tarde hiciera la comunión. Sentado en la iglesia de mi barrio aprendí, por ejemplo, a dejar la mente en blanco y estar como si no estuviera, pero también logré memorizar las esculturas del altar que me fascinaban y aterraban a partes iguales. Descubrí lo que serían mis primeras erecciones mientras contemplaba a uno de los monaguillos. Era cuatro o cinco años mayor que yo, pero a mí ya me parecía un hombre, un hombre que producía en mí una sensación desconocida, que más tarde descubriría que se llamaba deseo. Poco después entendería todos los problemas que iba a traerme aquel deseo en mi colegio, en mi barrio y en mi vida.



Una vez fuera de la iglesia, Rubén y yo nos fuimos a comer. Ese día, él solo mareaba la comida en su plato con el tenedor, sin probar nada; me confirmó que llevaba varios días sin dormir. Su mirada, a veces, se perdía en mi conversación y yo le hacía un chasquido con los dedos o daba un golpecito en la mesa para recordarle que estábamos aquí, en el planeta Tierra, y que tenía que volver de donde quisiera que estuviera. A pesar de la situación, le dije lo que le quería contar aquel día, la razón por la que habíamos quedado. Le expliqué que Mariano y yo habíamos decidido casarnos el próximo verano. Ese fue el chasquido que lo llevó de vuelta a la terraza en la que estábamos comiendo, la cara se le desencajó más si cabe y me informó de que no se encontraba muy bien.

Lo acompañé hasta la puerta de su casa para asegurarme de que descansara, pero le sonó el teléfono, respondió y me dijo que prefería irse a casa de unos amigos. Le insistí en que no, me empeñé en que tenía que marcharse a dormir. Allí, en la puerta, me aseguré de que entrara en el portal, y no me fui hasta que vi que la luz de su salón se encendía.